

bras que la idea de John no era tan aérea, y había encarnado un poco. No sabía aprobarla, ni desaprobarla del todo por absurda: la mente y el corazón no estaban de acuerdo, por lo cual añadió:—Hijo mío, no te puedo aconsejar que te cases con una de mis... Basta; dejemos esta conversación. Te digo solo que tú haces las cosas demasiado fáciles.... Hablaremos cuando pase el día de mañana: ahora estoy rendida, y quiero ver si descanso una hora más. Dame una cucharada de aquel calmante.—

Obedeció John. Al día siguiente se agravó el mal tanto, que ni la madre ni el hijo pudieron hablar de cosa seria.

LXXXVI.

EL DELIRIO Y SUS EFECTOS.

Mistress Needle se prometía una hora de quietud para conversar con su hijo, pero no pudo al día siguiente ni después. Llevaba casi una semana de enfermedad, y el decaimiento de sus fuerzas era sumo. Permanecía la enferma punto menos que inmovil de todos los miembros, comenzando á veces algunos adormecimientos que daban no poco en qué pensar. Con los ojos abiertos y estupefactos, parecía no reconocer á las personas, ni verlas distintamente. Moviéndola é interrogada respondía siempre

acorde; pero le costaba recordar las palabras, y sobre todo los nombres: no aferraba una frase un poco larga, y mucho menos sabía componerla bien.

Habiale John hablado un ratillo de cosas indiferentes, más para inquirir el estado mental de la enferma que por otra cosa. Imaginaba que había conocido ella su intención, porque dijo: Hay razones en pró y en contra.—Calló luego la madre; el hijo sentóse á su lado, triste y pensativo. A poco entró Julia, trayendo en un plato algunos gajos de naranja, á fin de humedecer los labios encendidos de la doliente: al pasarlos por su boca entreabierta, mistress Needle iba mezclando alguna jaculatoria:—Jesús mío, me pongo en vuestras santas manos.—María, Madre mía, obtenedme la paciencia.—No reconociendo á Julia, continuaba el discurso ó el delirio, si se quiere, con su primogénito.—Te ayudaría á completar la educación.... Clara y Clemencia.... casarlas....—Descubriendo Julia un principio de enagenación, y adivinando con la prontitud de su ingenio algún designio de familia tratado antes con el joven, se acercó á la oreja de la pobre, diciendo de un modo persuasivo:—Tranquilizaos, señora; no está solo el señor John;

aquí teneis á vuestra Julia.—Todo en vano: los nombres de John y de la joven unidos jugaron en la fantasía de la delirante, que murmuró:—John y Julia.... sería madre en mi lugar....—Añadió Julia más eficazmente:—Sed buena, mistress Needle; no os confundais ahora. Decid más bien:—Jesús mío, tened piedad de mí.—Como callase la enferma:—Vamos, añadió Julia, no os fatigueis; tranquilizaos y descansad.

La dulce voz de Julia obtuvo el efecto de interrumpir aquellas palabras, con vivo placer del joven, quien fué tan dueño de sí, que no dió señal de que comprendía ni de que estaba muy atento. Atribuyó Julia las palabras de la Needle al ansia de que siguiese allí por las niñas: ¡tan lejos estaba de sospechar á donde iban! La conversación del matrimonio casi había sido el trabajo último de la mente de la enferma, y dejó en ella naturalmente una impresión profunda. En los frecuentes delirios que siguieron al cambio primero de personas, no fué posible que Julia dejara de oír algo relativo á ella. Procuraba bellamente romper las palabras en la boca de la enferma, y desviar aquellas frases truncadas: las mujeres de la casa la llenaron de habladurías, poetizando sobre las

frases del delirio, con cien invenciones fantásticas, pronósticos y augurios. Miss Mary, que ¡pobrecita! procuraba como Julia servir asiduamente á la señora, después de abandonar la cámara, desahogábase con gemidos y lamentaciones con los que creía de su propia manera de pensar. No vacilaba un punto en descubrir un manifiesto castigo de Dios en la enfermedad, y sobre todo en la boda infeliz que veía en lontananza. La mayor parte de los familiares acariciaban con poco gusto la idea de saludar como señora á la dama de mistress Needle, pero no se persuadían de aquel extremo desastre que imaginaba la vieja rencorosa: las mujeres, por regla general, se conformaban de buen grado con el pensamiento. Kelerina estaba llena de gozo, y no dejaba de inferir mil chismes á Julia, que la reprendía, si bien inútilmente, diciendo: ¿Hasta tú das valor á estas necedades? ¡Ay de tí como llegues á repetir las chácharas de las mujeres!—

Naturalmente, ninguno de la familia baja se atrevió á participar al señor las disertaciones del marmitón ó del guardaropa. Ni pensaba el joven en averiguar lo que sucedía, encontrándose ocupado en su madre, á la que servía con solicitud. Había

escrito á un banquero de Newcastle, gran fachendón y gran amigo de los Needle rogándole que tuviese pronto una pequeña habitación en su casa, á fin de retirar allí á las niñas, con una camarera, si la crisis de la semana tuviese mal resultado. Había también acordado, antes de perder su madre el conocimiento, que no se fuera el sacerdote de noche ni de día. Dos ó tres veces los mejores médicos de Newcastle y de Carlisle tuvieron consulta en las habitaciones de la enferma: esperaban, pero sobre todo temían. John se acostumbraba, contra todas sus inclinaciones, á ser jefe de la casa, siempre oprimido por mortales angustias, pero disimulándolas bajo aparente conformidad.

Entre tanto, quiso Dios que, contra la expectación de los médicos y las profecías de miss Mary, el parasisimo fuese ménos terrible de lo que pareció indicar la marcha de la fiebre en los dias anteriores. En el nono y en el décimo refflorecieron vivísimas esperanzas de salvar aquella vida tan amada. La enferma volvía en sí de vez en cuando, aunque con una mente tan débil, que parecia una criatura. Lleno el período de la enfermedad con la segunda semana, las esperanzas se convirtieron casi

en certidumbre: la convalecencia declarada por los médicos hizo renacer el gozo en la familia y en el castillo.

Desde que la señora recobró un tanto el uso de la razón, no dejó escapar de su boca palabras alusivas de cerca ó de léjos al matrimonio de su primogénito; en su virtud, pasado el delirio, quedó como un enigma, en torno del cual ejercitaban su talento los familiares. Julia hubiera querido que se olvidasen y que se desvaneciesen todas las reminiscencias. Entre tanto supo que John se había enterado de las habladurías corrientes, y advirtió por las relaciones de los criados que no procuraba poco ni mucho decir las, confirmarlas, ni explicarlas. Dábale sobre todo en qué pensar que John, que habíala tratado de continuo muy cortésmente, pero con frialdad, después de la dolencia de su madre, le dispensara tantos miramientos, que no hubiera podido dispensarlos mayores á una señora ilustre albergada en el palacio Needle.—Nada, decia, revela ciertamente amor en su modo de obrar, y mucho menos en sus palabras; pero su actitud ha mudado; y no poco. ¿Habría en los delirios algo de verdad? ¿Tendrían algun fundamento las charlas de los sevidores? Julia no sa-

bía poner en claro sus sospechas, y mucho ménos pensaba iniciar asunto tan escabroso; pero estaba firmemente resuelta á interrumpir cualquier indicación que le hicieran, y á tomar al dia siguiente el camino de Nápoles. Creía tener para ello dos ó tres razones perentorias. No tardó mucho en verse precisada á probar su ánimo varonil.

Las muchas habladurías del palacio no pudieron contenerse tanto que no llegasen á traslucirse un poco fuera. Miss Mary, que era la que más temia lo que consideraba el exterminio de la casa Needle, echó mano de sus medios para impedirlo, y aprovechando la coyuntura de las visitas de convalecencia que recibía frecuentemente la señora, aludió á los designios que juzgaba ruinosos, pintando á Julia con muy negros colores, siempre con el propósito de merecer el título de salvadora de la casa. Consiguió, como efecto natural, que los parientes y amigos supiesen lo que pasaba, y que John viera dentro de poco llover cartas confidenciales, en donde algunos benévolo amigos le contaban las habladurías corrientes sobre su persona, y encarecían la conveniencia de callarlas, indu-

ciendo á su madre á enviar á Nápoles, á la señorita italiana.

Pues bien. Esta inesperada intervención de los extraños en las cosas que le correspondían íntimamente, obraron en John diametralmente lo contrario al intento concebido por las personas referidas. Parecióle sobre todo encarecimiento mal que la noticia se hubiera traslucido, y principalmente que otros se quisieran meter de tal guisa en sus asuntos. Ciertamente que, según su propia confesión, no veía como si fuese de piedra las brillantes circunstancias personales de Julia, y que mucho más sensible había venido á ser á consecuencia de las conversaciones con su madre; pero no había concebido un verdadero plan de casarse con ella. La oposición le hirió en lo vivo, estimulándole como un espolazo en nno de los ijares; las veleidades hipotéticas se convirtieron en voluntad seria, deteniéndose en ella con espíritu firme, con toda la energía de su índole profunda, fiera, incontrastable.

Respondió á los consejeros dándoles gracias por el interés que su reputación les inspiraba, y añadiéndoles que Julia era de una casa más noble que todas las de su parentela; que su familia estaba exenta de to-

da mancha, y que no le deshonoraban las habladurías. Añadió que fuesen éstas las que fuesen, no debían arrancar del lado de su madre, aún no restablecida del todo, la amiga y confidente de su corazón; que no había dicho una palabra ni media sobre casarse con Julia, y que si tomaba la resolución de buscar una compañera, consultaría las leyes del honor, aún cuando los demás no le aconsejasen.

La madre de John, salida de su convalecencia, no recordando nada, y no advertida de los delirios pasados, sólo pensaba en las cosas dichas con la mente sana. No quedó poco maravillada cuando encontró á su hijo resuelto á cambiar la media idea en una idea fija. Antes de manifestar su parecer, procuró descubrir los lados del partido: todos le parecían ventajosos y respladecientes, menos dos: la dote y la opinión pública; es decir, las dos dificultades desde un principio traslucidas. De la dote se podría prescindir si John estaba enamorado realmente de Julia; más ¿cómo provocar sobre la familia la reprobación de los parientes? Sobre la primera dificultad, John no se dignaba siquiera responder: á la gran razón de las consecuencias, responde terminantemente:—Nos corresponde á no-

sotros formar la opinión justa. Veis que no disparato, sino que voy adelante, racionando cual un filósofo. Si quisiese, podría hoy mismo prescindir de este amor: no quiero. Más que los otros me parece bien, y por añadidura veo motivos brillantes para no retroceder. No me apasiono fácilmente de cualquier mariposa que vuela delante de mí, por cuanto en cada joven descubro un yugo para mi carácter independiente. Sólo Julia me parece que no sería una cadena, porque sabría soportarme y descubrir á través de mi rudeza que tengo corazón para estimarla.... Vos tendríais en ella, más que una nuera, una hermana, con la cual viviríais en la mayor armonía: mis hermanas acabarían de instruirse ó educarse bajo su dirección.... estas son razones; las demás son chácharas, que no me importan un bleo... Que ha estado aquí como dama de compañía... ¡Gran cosa! Digo, y diré siempre, que Julia, por su nacimiento, por su educación, por su porte y por todo, es tan superior á las damas de compañía, que cuantos la encuentren en un salón, se verán constreñidos á cumplimentarla.—

Los días pasaban, sin que tales conversaciones condujesen á novedad alguna. Mis-

tres Needle sufría mareos. Algunos días su corazón iluminaba su porvenir como un paraíso terrestre al lado de Julia, la cual, después de hacerle la más dulce compañía, cerraría sus ojos juntamente con sus nietos. En otros días el verdadero espantajo de la desaprobación del mundo la llenaba de terror irresistible. John por el contrario, no vacilaba.—No tenía prisa, exclamaba dirigiéndose á su madre; pero, después de tantas habladurías, es preciso concluir de una vez.—En su virtud, teniendo mistress Needle que al fin su hijo pusiese término á la cosa diciendo: “lo he decidido, y ha de ser,” resolvió decir algo á la misma Julia; pero sin ultimar nada, con el objeto de saber con certeza cómo escucharía una proposición tan grave, no bien llegase la oportunidad de formularla.

Comenzó, pues, á hacerle muy en el aire alguna indicacion vaga. Julia, que comprendía perfectamente la cosa, no quería darse por entendida, y desviaba la conversación; estaba decidida de todo punto á esperar una propuesta formal para declararse. Fué preciso que la señora tomase la resolución de manifestárselo con alguna claridad. Estudió tres días, y después de preparar no poco las frases en su boca,

con muchas vueltas y raevueltas, llegó á las palabras inevitables:—¿Qué dirías si John tuviese algún designio sobre tí? No es una cosa segura . . . nada de firme.

Julia no se avergonzó, ni se conmovió, ni titubeó un instante, respondiendo únicamente:—Señora, son preguntas á las cuales podría sólo contestar desde mi casa.

—Ya te comprendo, dijo mistress Needle; más cuándo te hallases en ella, ¿debería esperar ó temer?

—Respondería demasiado si dijese lo uno ó lo otro.

—¿Qué fria eres! exclamo mistress Needle: ¡que prudente! ¡Y sin embargo, estás con la que llamas tu madre! No te pido una respuesta definitiva en un instante; sólo quiero saber si te ofenderá que trate yo la cosa un dia ú otro con todas las conveniencias; no comprometes nada tu libertad.

Julia tomó las manos de su señora, y estrechándolas afectuosamente:—¡Ah, madre mía! dijo; no empleo con vos frialdad ni política . . . hace algunas semanas que estoy en un potro, esperando una palabra vuestra que me permita hablaros con el corazón: tengo razones que me fuerzan á confesaros que no podría ni ahora ni des-

pués aceptar el honor á que os referís. ¿De qué sirve que revele las razones? Sería poner en tela de juicio lo que para mí está fuera de toda discusión. Únicamente deseaba poderos decir hace tiempo que, después de las muchas habladurías que han circulado, yo, con gran disgusto, no tengo más honrosa salida que huir inmediatamente á Nápoles. No puedo continuar aquí un día siquiera como dama vuestra, habiéndose dicho de una manera ó de otra que me suponía esposa: padecerían vuestro honor, el del señor John y el mío.

Mistress Needle quedó un momento herida por la descarga á quemarropa, sin saber qué replicar. Después, reponiéndose un tanto:—Julia mía, dijo, haz cuenta de que nada he dicho . . . Yo hago cuenta de que nada me has contestado. Pensaremos en otras cosas. En cuanto á salir de aquí . . . me destrozas el corazón: ¿pobres hijas mías! ¿cómo las dejas . . .? Pero tienes razón: con el honor no caben pactos. Empero, no es menester huir: basta que te vayas cómodamente, con un motivo plausible que hallaremos, de lo contrario, daríamos una campanada.

—Es mejor, dijo Julia, no diferir la re-

solución; las cosas que se dejan por hacer no concluyen bien. Está mi padre advertido, y me contesta que, no bien avise por telégrafo, hará partir á mi tío y curador; lo encuentro en Newcastle, y torno con él á Nápoles.

Por estas palabras, mistress Needle infirió que Julia lo había previsto todo, y que la propuesta negativa era un propósito largamente madurado. Veía un nudo intricable, . John estaba decidido á obtener la mano de Julia, y Julia resuelta á no oír hablar de la cosa. De todas maneras, no pudo menos de alabar en su corazón el digno y delicado proceder de la joven. Su primogénito no dijo por entonces palabra, y su madre no tuvo valor para participarle la categórica negativa de la napolitana: hízole sólo comprender que habiéndose pronunciado la palabra matrimonio, era indecoroso que continuara ella en Parque Verde.

Llegado el día, Julia partió entre los llantos inconsolables de sus discípulas y de la pobre Kelerina, como también entre las lamentaciones de los familiares. Sólo triunfaba miss Mary, que decía á los que la que-

rían oír: "Si hubiese tomado este partido un año antes, cuando lo aconsejaba yo, no hubieran llovido tantos infortunios sobre la casa Needle." Acompañó John á Julia, pronunciando algunas palabras corteses y nada más, añadiendo sólo una sonrisa y una mirada que tenía no poco de cordial y de triste. Mistress Needle no había visto nunca en él aquella sonrisa ni aquella mirada. Quiso acompañar á la joven hasta Newcastle; la recomendó á su tío curador, y encargóle una multitud de obsequios para el Conde Octavio de los Laureles. Al despedirse por última vez, abrazando estrechamente á su amiga muy amada, le dijo:—Te llevas gran parte de mi corazón.

—Sabeis cuanta parte dejo aquí del mío, respondió Julia.

—¿Pero nada para John? ¿Propiamente nada? ¿Nada en efecto?

—Estimo á vuestro John por cien razones.... Si con su compañera fuese á Nápoles, haríale la visita más cordial del mundo.... ¿Quereis algo para Lourdes?

—¿Pasarás por allí?

—Sin falta.

—Pues bien: pide á la Madre de Dios

que afirme aún más mi fe, y nos obtenga otra gracia, que á todos interesa.

—Rogaré, dijo Julia, que nos quite de la mente todo pensamiento inútil; para vuestro hijo la cosa no será difícil. Habrá mañana desaparecido todo, y pensareis en dar una justa dirección á sus sentimientos. La hora de partir iba pronto á dar: mistress Needle condujo á Julia á la portezuela del coche: su beso último no sonó sin lágrimas sinceras de la una y de la otra.

LXXXVII.

EL CORAZON EN LA FAMILIA.

Julia se entretuvo un día deliciosamente en Nuestra Señora de Lourdes, con su tío; tenía precisión de templar su espíritu en los pensamientos de la bienaventuranza, y fortalecer su corazón con los consuelos religiosos. Si bien el hecho de cumplir el propio deber cede no poco en honra y alabanza de las almas generosas, la naturaleza frágil se resiente con frecuencia, y gime bajo la cuchilla del sacrificio. Ella observaba deshecho su nido en un instante, cuando más dulce le parecía, y rotos de